

UNA MODESTA ALDEANA PROFESORA DE UN PRINCIPE

Por PEDRO S. CASAL

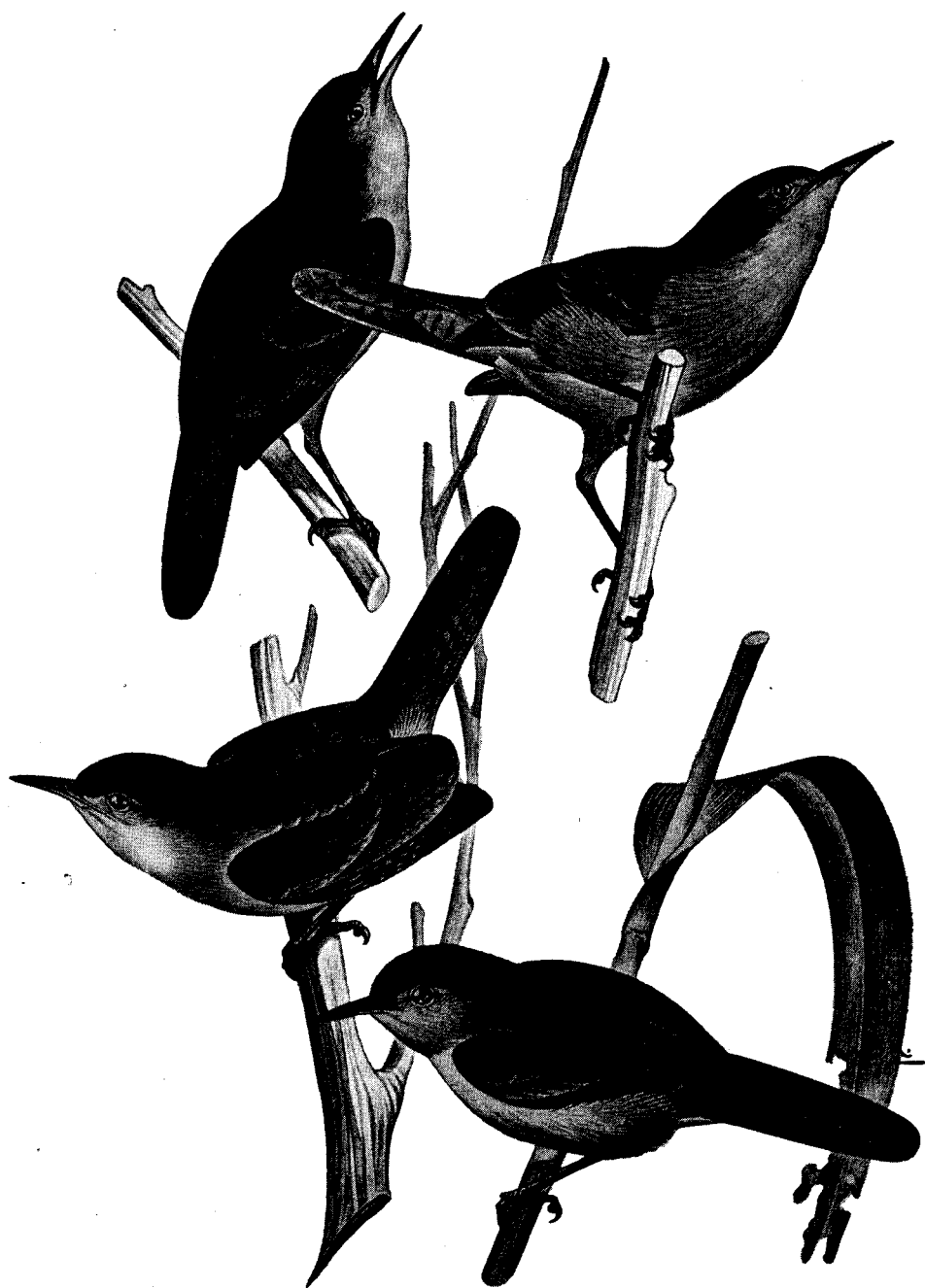
Nos regalaron un hermoso pichón de canario flauta cuyo padre era una especie de Caruso ornitológico que había obtenido una larga serie de premios. Es natural que la dieta del vástago no podía ser ninguna de esas mezclas comerciales que se venden con el título de alimento para pájaros; esto era demasiado plebeyo. Debía tener sus horas y sus comidas especiales como si se tratara de una persona delicada. Además, no se lo podía colocar con su jaula en cualquier parte de la casa; era necesario cambiarlo a determinadas horas para que el sol le diera con estudiada discreción y no hubiera corrientes de aire. Los palos para que se posara debían tener un diámetro determinado y adecuado pulimento; la bañadera, los recipientes para la comida, etc., respondían también a una interminable serie de recomendaciones.

La primera semana, toda la casa estuvo pendiente de los cuidados de este príncipe que, no obstante sus pergaminos, al fin y al cabo era un pájaro como cualquiera, y a medida que fueron pasando los días, fuimos, inconscientemente, disminuyendo las atenciones y los extras hasta que, por último, terminamos por tratarlo a la criolla nomás, con el rancho común de los almacenes y un poco de lechuga. Como lo trajeron muy chico, no cantaba, ni siquiera piaba.

Todas las mañanas lo visitaba una ratona (*Troglodytes musculus*) que se anunciaba con una serie de sus cantos característicos, daba después unos cuantos paseos escudriñando toda la jaula desde afuera, comía lo que podía y se alejaba cantando desde varios puntos, al parecer, con una gran simpatía por aquel buen mozo que quedaba encerrado.

Una noche de frío entramos al joven canario a un hall y a la mañana siguiente tuvimos una gran sorpresa: el canto de la ratona resonaba en el hall con inusitada insistencia, pero no era ella la que cantaba sino nuestro canario flauta que había aprendido el único canto que escuchaba. La voz era un poco más clara que la de la rústica profesora, pero las notas eran las mismas. Abrimos las ventanas y no tardó en aparecer la ratona, muy orgullosa por cierto, de aquel discípulo tan lindo que había cambiado su flauta mágica por la humilde zampoña campesina de la pequeña profesora.

No pretendemos estremecer a la ciencia ornitológica con la noticia, pero es una curiosidad que nos dice que el canto no es una ciencia infusa entre las aves.

*Troglodytes musculus*